



EDUARDO CONTRERAS B.

INTRODUCCION A UNA NUEVA SECCION DE CHASQUI

Al comenzar esta nueva sección aún no sentimos el dichoso click de la ampolleta que, según las historietas, señala el momento en que las ideas han cuajado a la perfección. Por lo cual no nos queda otra recurso que seguir aquel sabio precepto que dice "dispara primero tu flecha, y aquello a que le dés, llámalo blanco".

Ideas conflictuadas, flechas rudimentarias y blancos móviles imprecisos no dejan de ser similares apropiados para los asuntos que en esta sección se verán reflejados. Quizás si alguna vez hubo una falsa certidumbre sobre lo que era investigación en comunicaciones, acerca de lo que debía hacerse y, sobretodo, cómo debía hacerse. Lo cierto es que hoy en día el sinónimo para esta área se deletrea crisis. Y ésta abarca todos los ámbitos: desde lo teórico y epistemológico, pasando por lo metodológico y técnico, hasta el asunto de las condiciones materiales, institucionales y de recursos para producir, circular y consumir investigaciones.

Las crisis favorecen la búsqueda de soluciones mágicas. Cuántas veces hemos creído ya encontrar el camino cierto sólo para descubrir, luego de un penoso deambular, que no era ni tan cierto ni tan camino. Y otra vez cárguele la deuda y el tiempo perdido al aprendizaje por error. Si es que aprendiéramos siquiera lo suficiente. Y si es que los errores no fueran tan costosos y persistentes.

Nadie va a negar que hay un buen número de investigaciones e investigadores prominentes para el área de las comunicaciones en América Latina. Y si no nos preocupamos de la calidad del esfuerzo investigativo, había ya para mediados de 1980 más de cuatro mil estudios susceptibles de control bibliográfico, según Luis Ramiro Beltrán. INTERCOM elaboró un listado de 285 investigadores -dos tercios del universo que delimitó- para su 'quién es quién'

brasileño 82/83 en investigación en comunicaciones. Creemos que la cifra es conservadora. El esfuerzo de Peirano y Kudo para Perú (ver Chasqui 6, p. 123) logra fichar más de medio millar de trabajos. Pero contrastemos todo esto con las cifras de FELAFACS que Daniel Prieto consigna en este número, Sección Educación.

La crisis en investigación en comunicaciones no es cuestión de cifras más o menos, aunque ellas reflejan parte del problema. Especialmente si cantidad no se compadece con calidad, con impacto, con utilidad. Y éstos no son sinónimos. Hay elegantes trabajos teóricos que no siempre -y algunos dirían rara vez- se compadecen con las apremiantes urgencias de situaciones y prácticas comunicativas reales. El trabajo de muchos aspirantes a teóricos a veces sólo aporta un mayor enclaustramiento en el mundo de lo imaginativo teórico, un cómodo refugio en el teoricismo.

Disertamos mucho sobre un bosque abstracto -siempre el mismo- y su contexto sociopolítico. Pero hemos investigado muy poco a los árboles concretos. Eso sí, hemos denunciado el bosque, sus estructuras y aparatos. Sospechábamos -y algunos aún tienen tal certeza- que para entender un árbol bastaba con saber que todos tienen raíces, tronco, ramas y hojas, o peor aún, que un árbol específico era sólo una manifestación singular (e impura) del bosque. Esta vez, el bosque no dejó ver los árboles. Creímos que observar las realidades empíricas era contaminarse de empirismo. Ansiosos de no cargar con esa herencia, confundimos la necesaria crítica a un modo particular de abordar lo real con un desprecio a todo paso por lo real. Y entonces también nos despreocupamos por el instrumental de investigación.

Crisis de identidad para la comunicación, su objeto y su método de estudio. Alguna vez Jesús Martín planteó que las escuelas de periodismo, en vías súbitas a serlo de

comunicación, perdieron la especificidad de su objeto de estudio. Agreguemos que, en la búsqueda de un objeto perdido o aún vagamente constituido, también se perdieron los caminos. Además de la confusión sobre el qué, se instauró la confusión sobre el cómo.

Sobre estas cómo versará esta nueva sección. Chasqui abre sus páginas a reflexiones útiles sobre la crisis de la investigación en comunicaciones, pero sobre todo a aportes relativos a la búsqueda de caminos. A experiencias significativas del ejercicio de la práctica investigativa. Al aprendizaje surgido de ella, a aquello que no está en los manuales y que es fuente de formación. Quisiéramos ser ingenuos y pensar que aquí también se relatarán experiencias de fracasos y de caminos errados, que podremos ser también críticos al interior de la investigación crítica.

La sección será flexible. Podrá incluir un artículo de reflexión, la narración de una experiencia investigativa, comentarios más detallados de algunos libros y trabajos inves-

tigativos de temática común, algún aporte metodológico específico y significativo . . . En momentos nos gustaría algo de irreverencia también.

Queremos unirnos al esfuerzo por reorientar la investigación en comunicaciones, de modo que ésta se encierre menos en la contemplación de sí misma, y responda mejor a desafíos concretos de situaciones, procesos y prácticas de comunicación que -pese a que las investiguemos o no- siguen aconteciendo en ese extraño campo que se llama realidad.

Nota a potenciales colaboradores: Además, de solicitar artículos específicos, CHASQUI aceptará contribuciones pertinentes para la sección, las que serán consideradas para eventual publicación o comentarios. Se ruega dirigir la correspondencia al responsable de esta sección.

1.- Acerca de Posibles Mitos

Surge, de cuando en cuando, y cada vez que la mitología prevaleciente ya comienza a perder su magia, una nueva propuesta mítica. Los pocos propulsores iniciales -los herejes- trabajan esforzada y honestamente una propuesta alternativa, significativa en su crítica a lo predominante, prometedora en la sugerencia de nuevos horizontes de lo deseable y modesta en la construcción inicial de nuevos caminos prácticos.

Pero de pronto la herejía prende y se hacen demasiados los seguidores superficiales que convencionalizan lo que de original había. La crítica a lo viejo -que ahora siempre fue malo- se resume en unas pocas proposiciones simples, enumeradas a, b y c para dar la idea de coherencia, memorizadas para evitar pensar y para poder emitir los juicios condenatorios: ¡ah, pero es que el empirismo . . .! (y aquí agréguese cualquier frase breve y lapidaria que cierre el debate). En vez de "empirismo", podemos poner el demonio de turno: las encuestas, Althusser, el análisis de contenido, la semiología francesa, o lo que se nos ocurra o sea necesario para no aparecer rezagados de las nuevas modas teóricas.

De las nuevas propuestas, se recuperan el cascarón, las etiquetas conceptua-

suspender nuestro juicio crítico.

Todo pasa ahora por el nuevo eje. Y nos preocupamos de constituir reduccionismos generalistas, de hablar sobre lo que debería hacerse, de los principios orientadores, de la nueva era. Pero no de hacer ni de cómo hacer aquello de lo que se habla (o más bien, se predica).

Entiéndase: el mito no está en teorizar sobre, por ejemplo, los aparatos ideológicos, la manipulación masiva, la transnacionalización comunicativa, la comunicación alternativa y/o popular, la participación, la investigación participativa. Está en la apropiación mágica de los rudimentos de esas teorizaciones, en su ideologización, en saltarse un esfuerzo serio por comprender y explicar las prácticas o el objeto de estudio y sustituirlo por las frases hechas, el causalismo ingenuo, las certidumbres esquemáticas, la simulación de la comprensión de lo real.

Hay prácticas comunicativas emergentes, tales como las de comunicación popular, de especial importancia no sólo por el mero hecho de existir, desarrollarse y multiplicarse, no sólo por su inserción en y contribución al proyecto histórico popular, y por tantas otras razones (al respecto, véase otras páginas de Chasqui), sino también porque constituyen -a nuestro juicio- un lugar privilegiado para reorientar y redimensionar par-

NOTAS MINIMAS SOBRE LA INVESTIGACION PARTICIPATIVA

EDUARDO CONTRERAS B.

les, los nuevos bellos principios que -ahora sí- señalan el rumbo cierto que antes creíamos ya tener, una y otra vez. La necesidad de creer en el mito de reemplazo nos fuerza a ser crédulos, a

tes significativas del quehacer investigativo en comunicaciones.

Ahora bien, una de las preocupaciones de los que se enfrentan con la investigación de estas prácticas alternativas es de establecer *consonancia* entre objeto y métodos de estudio (ver, por ej., los artículos de Mata y Thiollent en Chasqui 1). Es en ese punto de inflexión donde cobran vigencia la investigación-acción y la investigación participativa.

También es aquí precisamente donde se generan las peligrosas condiciones de mitificación de la investigación participativa. Porque, de pronto, toda la comunicación es la comunicación popular. Todo es lo participativo. Y la validez del acompañamiento investigativo se empieza a juzgar exclusivamente por el grado en que ha o no concitado un proceso participativo. Otra vez hay peligros de reduccionismos simplistas. De *cobijarse* bajo el buen nombre de lo participativo, pero sin alterar radicalmente la propuesta investigativa tradicional ni el rol del propio investigador externo. O de *disfrazarse de investigador* sólo porque uno de algún modo promueve formas de participación popular concreta como educador, agente externo o comunicador.

En el necesario énfasis que los propulsores de la IP le han dado a ciertas características definitorias de un nuevo modo de aproximarse a y relacionarse con lo real, a veces se ha desdibujado la especificidad de la *práctica investigativa*. A nuestro juicio, la IP es un modo, o una perspectiva más bien, de *investigar*. Su especificidad está en el esfuerzo deliberado por articular coherentemente investigación y participación, y las consecuencias que de ello se derivan. De subvalorar lo investigativo o -lo que es casi lo mismo, de hacer pasar cualquier actividad participativa por investigación- se deriva su mayor riesgo de mitificación.

2. Valoración de la IP.

La IP es una forma de investigación-acción, pero en la cual el énfasis está, por un lado, en la producción y apropiación socializada de conocimientos de una realidad concreta, y por el otro, en el propio proceso de aprendizaje de los modos de aprehenderla. Vale decir, en la socialización del proceso de producción de conocimientos.

Su trilogía clásica es investigación-educación y reflexión-acción transfor-

madora. Desde un inicio, el esfuerzo investigativo queda marcado porque surge de una problemática concreta sobre la cual desean actuar los propios afectados. En su acepción mínima, la IP es un *momento* de un proceso popular mayor y concreto de enfrentamiento de sus necesidades. En su acepción mayor, la IP adquiere clara intencionalidad política al postular su contribución al proyecto histórico popular.

Nos parece que los aportes más novedosos de la IP no están aún en la propuesta de nuevos métodos y técnicas de investigación, sino en los planteamientos orientadores y en las estrategias generales que faciliten la imbricación de la investigación con la acción, la educación, la reflexión, la participación, dentro de la perspectiva del proyecto histórico popular.

Hay tensiones en la articulación de esos elementos, entre el ideal y la práctica de lo participativo, en cuanto al rol de investigador-agente externo, en el uso de métodos y procedimientos que a la vez posean rigor científico y faciliten la participación de sujetos no adiestrados en investigación.

Y estas dudas básicas se dan por cuanto, embrionariamente, las investigaciones de tipo participativo pretenden anunciar un paradigma alternativo, aunque todavía muy parcial, del modo de producir conocimiento; es decir, se busca innovar en actores del proceso investigativo, en métodos y procedimientos, y en la ligazón del investigar con prácticas transformadoras.

La experiencia nos señala que ese tipo de tensiones se van resolviendo en la práctica, al calor de las experiencias populares, y que es responsabilidad del investigador *aprender* -pero verdaderamente aprender- de ellas para aportar mejor. Allí aprenderá que la teoría de la participación no siempre es congruente con sus expresiones reales cotidianas, y también valorará mejor, sin populismo ingenuo, qué puede ofrecer como especialista. En este sentido, la IP es también eminentemente un proceso educativo *para el investigador*.

Lo interesante de los aportes de la IP es que se han derivado del ejercicio de la *práctica* investigativa con sectores populares y se están codificando experiencias de aprendizaje de verdaderas aventuras investigativas. Por únicas y singulares que ellas sean, se va acumu-

lando un *residuo generalizable* de experiencias. Quizá lo único reprochable sea la ausencia de recuentos más ingenuos que no sólo señalen los aciertos, y por ende la aparente infalibilidad del equipo investigador y sus estrategias, sino también los *desaciertos*, los falsos caminos.

3. Problemas Pendientes.

Por razones de espacio, sólo punteamos algunos aspectos prácticos adicionales que a nuestro juicio son tareas pendientes en la IP y a la cual convendría dedicar esfuerzos:

- cómo traducir la propuesta general a algo más operativo;
- cómo acumular conocimiento y generalizar a partir de experiencias que se definen como únicas y localistas;
- qué métodos y técnicas de investigación específicos, operativos, conviene desarrollar, revalorizar, adaptar, crear;
- cómo incorporar a investigadores en comunicación a esfuerzos de IP (hasta ahora, es una actividad preferente de los educadores populares).

Desde luego, hay muchos problemas. Varios ya están sugeridos a lo largo del artículo. Lo importante, si creemos en los aportes y promesas de la IP y si queremos que no se convierta en mitología barata al calor de la moda participativa, es que hagamos un esfuerzo *desde el interior de la práctica investigativa* para contribuir a potenciar sus aspectos específicamente investigativos.



EDUARDO CONTRERAS BUDGE, chileno, es actualmente Asesor Académico en CIESPAL. Fue Director de ASER, proyecto de investigación de la educación radiofónica regional en la Asociación Latinoamericana de Escuelas Radiofónicas (ALER). Es Master y Doctor en investigación de la comunicación de la Universidad de Stanford, California. Dirección: CIESPAL Apartado 584 Quito-Ecuador.